Imagen de la dama sin joyas y a caballo

DUQUESA: Ese joven ta-
llista de gemas huma-
nas, Marino Gómez
Santos, que vive de ha-
cer brillar a la gente como to-
do periodista que se precie, me
invitaba en el número de ayer
a decir a vuesamercéd algo so-
bre joyas. He madrugado mu-
cho esta mañana para no ha-
cer esperar a una dama. Doy
por seguro que cuando vos
disteis vuestros pies, que yo
beso, a los chapines, ya esta-
ban estas líneas en la linoti-
pia.

Me gustan las joyas para
escribirlas, que no para usar-
las, ni menos para empeñar-
las. Más me gustarían para
darlas a un pobre, que con
ellas se fuera apañando. Pero
como en casa somos gente de
poca pedrería, y eso habría de
hacerse en silencio, hagamos
punto en boca. Como al du-
que, vuestro señor, me gustan
más los automóviles. Y el
«Dauphine» que estoy rodando
no se lo daría ni a mi pobre
padre que resucitara.

Pero, igual que a vos, mi se-
ñora duquesa, me gustan, to-
davía más, los caballos. Me
han roto costillas por hacer-
los saltar donde no era de su
grado, pero me gustan. Cuan-
do yo era juez de instrucción
en Piedrahíta y todas sus tier-
ras—Ávila y hasta más allá
del señorío de los Alburquer-
que, menos Arévalo, que es se-
ñorío natural del director de
este periódico—; cuando yo
era juez, digo, en vuestro se-
ñorío de Valdecorneja, por las
tardes me mandaban ensilla-
da una jaca pía, y sobre ella
me iba a dar, solo con mis
pensamientos, galopadas en-
tre las encinas del Berrocal.
Erais vos un niñaica, y lejana.
Yo pensaba mucho en vuestro
más que abuelo el gran don
Fernando Álvarez de Toledo,
duque de Alba, marqués de
Coria, llave de Flandes y con-
quistador de Portugal. Tenía
yo en mi casa el Becerro de
Fandiño. Bajo la enrevesada
letra procesal del XVI, había
descubierto la firma auténti-
ca del gran duque, mi señor,
y la fecha exacta de su naci-
miento en 1507. Como era hijo
de don García el que murió en
la rota de los Gelves, y él vi-
vía con el abuelo don Fadri-
que, y no tomó el ducado has-
ta 1531, teniendo veinticuatro
años, yo le daba vueltas a
aquel acta de 1521—año famo-
sísimo, que en él fué la ejecu-
ción de los comuneros, la gue-
rra de las Germanías, la Dieta
de Worms, la fundación de la
Compañía de Jesús, qué sé

yo—y me preguntaba quién
era aquel duque de Alba a
quien sus pecheros invocaban
diciendo «que Dios traya con
bien de Flandes». Caía, espesa,
la nieve. Estaban los canteros
componiendo el hueco del re-
loj de la villa, entonces abier-
to y solitario como un ciclope
tuerto. En las tardes claras
que la jaca rosigaba los pra-
dos, Eyo y yo paseábamos a las
dos hijas mayores—Mercedes
venía por Flandes, digo yo—
en una silla doble de ruedas,
en el hermosísimo parque que
Marquet hizo, con ríos de ar-
tificio, para el otro don Fa-
drique que se carteaba con
Juan Jacobo Rousseau. Y to-
mábamos rosas de los mismos
rosales que embalsamó la ma-
ta de pelo de la duquesa Ca-
yetana, moza jovial y valerosa,
mientras el sordo Goya pin-
taba los cartones de «La
Siega».

Recuerdos así, señora, son
las joyas de uno, y hablo de
1941, cuando España sangra-
ba todavía y nuestros herma-
nos pateaban hielo en el lago
Ilmen. ¡Ay, mi señor don Her-
nando Álvarez, duque de hie-
rro, cómo me golpeaba el co-
razón!

Por lo demás, bien están las
joyas que a vuesamercéd no
le gusta ponerse, pues esa, con
las buenas obras, es la pura y
verdadera aristocracia. De jo-
yas guardadas en terciopelo y
palosanto, apenas queda espa-
cio para deciros que me agra-
dan esos berilos llamados es-
meraldas y que algo daríamos
por ver aquella del tamaño de
un huevo de avestruz que los
incas del valle de Mantu
adoraban con el nombre de la
Diosa Verde. O las cinco es-
meraldas que trajo Hernán
Cortés, y algo más fácil será
que las veamos, porque me
parece que, engastadas en un
colgante, las tiene un señor de
Valencia de Don Juan, Dios
se lo aumente.

Tengo manos de camlonero,
que se me morirían de risa si
les pusiera uno de esos tres-
llos que usan algunos señores
de cigarro puro, con su pan se
lo coman. Pero cuando veo
pasar una dama cimbreña, so-
bre al galope de un alazán
tostado, al viento la crencha
en que se dora el sol de la
Casa de Campo, desnuda la
garganta, que es justicia lla-
mar de alabastro, esa mano
desnuda y tosca se me va al
pecho para que no me ahogue
la alegría de vivir. Beso su
mano.

José Antonio
TORREBLANCA

Pueblo, 31 enero 1959